



Cecilia.

CECILIA.

I.

POBRE niña de ojos alegres y brillantes, de cabellos blondos y rizados, de frente blanca como las azucenas del valle, de boca purpurina como las rosas de la aurora, donde vagaba la dulce sonrisa de la inocencia. Tu talle era gentil como las palmas del desierto y ligero como el de las sílfides del bosque.

Cuando mis ojos te vieron por primera vez, te contemplaron con asombro; sobre tu frente pura y virginal se ostentaba fresca y olorosa la guirnalda de la juventud, sujetando tus blondos cabellos que caían sobre tu cuello de alabastro como una lluvia de oro. Entónces, por la primera vez sentí palpitar mi corazón con un afán desconocido; un impulso secreto y misterioso me arrastraba á tu lado, tus miradas tenían un lenguaje encantador para mi alma, y en mis ilusio-

nes de niño, te creí ese ángel custodio destinado á velar la existencia del hombre, te amaba con candor infantil; durante el día pensaba en tu hermosura, en mis sueños te veía vagar en torno de mi lecho, con tus alas de oro y de fuego, con tu ropaje blanco y vaporoso, con tu sonrisa pura é inocente, con tu bella cabeza ceñida de una aureola de luz que hiriendo mis pupilas hacia cerrar mis párpados; pero yo te veía con los ojos de la imaginación, siempre cerca de mí, siempre con tu sonrisa encantadora. Algunas veces creía ver en tus delicadas manos una lira de marfil de cuyas cuerdas de oro se eshalaban divinas armonías; te acercabas á mí, sentía tus labios de rosa posarse un momento sobre mi frente, colocabas sobre ella una corona de laurel, ponias en mis manos tu armoniosa lira, me mostrabas el astro de la gloria brillando en lontananza; despertaba buscándote y entonando un canto trémulo de placer y de emoción, te miraba tender tu vuelo al Mediodía agitando tus alas refulgentes, hasta que te perdías en el oriente con los primeros rayos de la aurora.... Era que tornabas á las regiones que habias abandonado en el silencio de la noche, para venir á velar las horas de mi sueño....

II.

Aquel afán que tu aparición habia despertado en mi alma crecia con mis años, y el manso arroyo se trocaba en torrente. Tu memoria que ántes era un placer melancólico, llegó á ser una necesidad para mi corazón; el objeto de mis pensamientos, el ángel de mis sueños, lo que solo me habia pareci-

do un fantasma, aquel ser ideal fué perdiendo su vaguedad al paso que mi razón se desarrollaba y entónces era ya un ser animado, una muger dotada de todas las gracias que puede prodigar la naturaleza; tenia la belleza de la muger del Paraíso, con todo su candor y su encanto, con toda su virtud y su pureza. La llamaban *Cecilia*....!

III.

Sentía correr la sangre por mis venas como un torrente de fuego, mi corazón tenia necesidad de amar, de otro corazón que lo comprendiera, te amaba en secreto, y en el fondo de mi alma ardía un volcán que, comprimido por algún tiempo, debía derramar su lava devoradora para abrasar las inocentes flores, que hasta allí habian tapizado la senda de mi vida.

Un día estaba cerca de tí, contemplaba enagenado tu belleza, y fascinado con tus miradas, ebrio con tu aliento, no pudiendo resistir el ímpetu de mi pasión, quise hablarte, caí de hinojos á tus plantas y solo pudieron pronunciar mis labios balbucientes, *Cecilia*....! *yo te amo!*.....
.....
Tú callabas, pero tus miradas y tu emoción me revelaban lo que sentía en aquel momento tu corazón.... Tú también amabas; mis ansias no te eran desconocidas, tu corazón de virgen guardaba también un tesoro inmenso de ternura, de amor y de sensibilidad; me miraste un momento como para leer en mi semblante la pureza de mis sentimientos, una lágrima silenciosa rodó por tu tersa mejilla y de tus divinos labios se deslizaron esas palabras celestiales *que la muger re-*
40

serva solamente para el hombre á quien da su corazon. "Yo te amo....!"

IV.

Desde aquel momento, unos fueron nuestros pensamientos, unos nuestros deseos, unos nuestros placeres, y tambien se confundieron nuestras almas. ¡Lo recuerdas, Cecilia? Entónces nuestras almas inocentes hicieron un Paraíso de la tierra, á los apacibles rayos de la estrella de nuestro amor divisábamos un porvenir de gloria y de felicidad.... La mano fria del desengaño no habia tocado nuestras frentes.... ¡Cuán dulces se deslizaban las horas! ¡Cuán agradables eran nuestros sueños! Tendiamos nuestro vuelo como dos aves que abandonando el nido en que pasaron sus primeros dias, desplegan sus alas para cruzar el azul del cielo, para perderse en esas regiones de ventura que habian admirado con tristeza cuando no tenian aún fuerza para rasgar los vientos.... Nuestra vida se deslizaba como un raudal entre flores.... Entónces, pulsaba mi armoniosa lira, cantaba tu hermosura, bebía la inspiracion en tus dulces miradas y tú en pago de mis cantos ponias sobre mi frente una guirnalda de rosas y jazmines; todo era amor y felicidad. Los quejidos salvajes del torrente, los ecos de la montaña, el murmullo de las fuentes, los suspiros del aura entre el ramage, y los dulces trinos de las aves resbalando entre las flores, todo parecia entonar un himno de amor y de ventura. Estaba cerca de tí, sentia palpitar tu corazon, se confundia mi aliento con tu aliento, se unian nuestros labios en ósculo de amor y solo se separaban

para pronunciar palabras de consuelo, ó cuando agobiados por el exceso del placer, nos inclinábamos desfallecidos, mezclando nuestros suspiros....

V.

Mas de pronto se nubló el sol de nuestra felicidad, el horizonte de nuestra dicha se cubrió con una sombra negra y pavorosa, la lira quedó muda bajo mi mano, las flores de mi guirnalda cayeron pálidas y sin aroma á mis piés, las aves suspendieron sus cantos, las fuentes sus rumores y las auras sus arrullos.... Tus ojos que brillaban como el lucero de la tarde perdieron su fulgor, tus megillas que lucian como las rosas de la aurora palidieron como los lirios iluminados por la claridad de la luna, y espiró la sonrisa en tus labios.... La mano de la desgracia rasgó el velo encantado dejándonos ver la realidad y un porvenir de dolor y desesperacion; nuestros ojos se buscaron y se encontraron llenos de lágrimas, y el dulce recuerdo de lo pasado, no hacia mas que redoblar los tormentos de lo presente; dirigimos la vista á lo que nos rodeaba, y aquel Paraíso de nuestros sueños de ventura se habia trocado en un triste y árido desierto.... Pero aún quedaba una luz en medio de las tinieblas, la luz de la esperanza! Ven, te dije, enjugaré tus lágrimas, en tanto que el dolor nos cerca, y que la tormenta amenaza nuestras cabezas, ven ángel mio, cierra tus lindos ojos, reclina tu cabeza sobre mi seno como el ave que duerme en el fondo del bosque cuando truena la tempestad; yo te despertaré en el momento que el cielo recobre su calma y su pureza, y mién-

tras dure el peligro te hablaré de mi amor.... Pero las débiles naves de nuestra existencia no pudiendo resistir las potentes olas de la desgracia, fueron separadas y arrojadas por opuestos rumbos, vagando sin norte y sin destino á la ventura..... Yo quise alzar mi acento sobre la voz de la tempestad para llamarte, pero mis voces se perdian en los vientos y solo los ecos repitieron, Cecilia.... Cecilia.... Mis ojos te buscaron y te ví flotar un momento en aquel mar de maldicion, desapareciendo luego entre la oscuridad y las sombras....

VI.

¡Cuán triste es el recuerdo de la felicidad cuando esta se ha perdido! ¿Por qué amamos los recuerdos, si ellos no hacen mas que duplicar nuestros dolores?

Al perder el objeto de mi primer amor habia perdido la alegría y la tranquilidad, mi corazon estaba marchito, sin ilusiones, ni creencias. Vagaba triste y solitario por el mundo, sin mas amigos que mis recuerdos, sin mas consuelo que mis cantos. Cuando agobiado por el peso de mis dolores hacia resonar las cuerdas de mi lira mojadas con mi llanto, solo escuchaban tristísimos gemidos. Cruzaba la senda de mi vida como una ave errante que cansada de volar se posa un momento en la copa de una encina, para entonar un canto melancólico que espira en las auras del desierto, sin ser oído por un ser humano, y continúa su vuelo hasta que las sombras de la noche estendiendo su imperio en el vacío, le marcan el término de su penosa peregrinacion. ¿Hallará una rama donde pararse, cuyo follage le abrigue de la tormenta?

Y tú, ángel mio, vision encantadora de mi primer amor, ¿cuál ha sido tu suerte? ¿Has agotado como yo la fuente del sentimiento? ¿Has agotado como yo las lágrimas del corazon? ¿Has maldecido el momento en que un astro con sus pálidos fulgores revelaba al mundo la existencia de un ser desgraciado? Sí, Cecilia, tú tambien has sido víctima de una suerte implacable, tú tan pura como hermosa, tan sensible como desgraciada. ¡Pobre Perú, arrojada del Paraíso! ¡Pobre ángel que al tender su vuelo para recorrer las regiones del amor y de la felicidad hallaste tus blancas alas sin brillo y destrozadas....! Tu suerte está ya escrita en el libro del destino, y todas las lágrimas que pudieras derramar no lograrían borrar aquellos horribles caracteres....

Cecilia, único bien de mi alma, objeto de mis pensamientos, de mis suspiros y de mis ansias, lloremos nuestra suerte, crucemos la triste senda de la vida, *sin gloria, sin amor, sin esperanza....*

VII.

Y el tiempo, ese fantasma mudo que burlando las edades y los siglos ha hecho desaparecer de la faz de la tierra las grandes ciudades que fueron el orgullo del mundo, que ha visto nacer y morir cien generaciones, ¿por qué no ha podido borrar de mi corazon la bella y melancólica imágen de la muger que amé, de la muger que amo aún en secreto? ¿Por qué no ha podido apagar el fuego de este amor que acabará por consumir mi existencia?

VIII.

Cecilia, si los tristes y melancólicos ecos de mi lira llegaren hasta tu silencioso aposento, si en la calma de la callada noche vez vagar en tus sueños mi imagen desolada, conságrame un suspiro, una memoria, pero que mi fatal recuerdo no te atormente, que no arranque á tus divinos ojos una sola lágrima de dolor. . . .

IX.

¿A dónde está el ángel de mis sueños? El ángel de las alas de oro y de fuego que vagaba en torno de mi lecho con su ropaje blanco y vaporoso, con su sonrisa encantadora? ¿En dónde el astro brillante de gloria que me mostraba? Perdió ya para mí sus fulgores en las negras nubes de mi porvenir!

El ángel tendió su vuelo al mediodía y se perdió con los primeros rayos de la la aurora. . . . Cruzarán las horas del día y llegará la noche; pero el ángel no tornará á velar las horas de mi sueño. . . .

Huyó para siempre; solo me queda su memoria y la lira de marfil que dejó en mis manos para cantar mis tormentos, esta lira que será el único adorno de mi tumba solitaria. . . . Acaso en el silencio de la noche ese ángel amado, descenderá sobre mi losa, pulsará las cuerdas de la lira abandonada,

las sílfides del bosque atraídas por sus divinas armonías deramarán algunas flores campesinas en mi sepulcro, y entonces las regará con sus lágrimas, y al aparecer el nuevo día, esas gotas diáfanas y brillantes revelarán al pasajero que un ángel ha llorado sobre la tumba de un poeta durante las tristes horas de la noche.